

gloria mercedes
arango r.

LAS COFRADIAS, LAS ASOCIACIONES CATOLICAS Y SUS FORMAS DE SOCIABILIDAD - ANTIOQUIA, SIGLO XIX

En la Antioquia del siglo XIX, formada por numerosos pueblos que oscilaban entre 3.000 y 14.000 habitantes, las cofradías y las asociaciones católicas, formas características de la religiosidad popular, constituían verdaderas redes que formaban el tejido de la sociabilidad ⁽¹⁾.

Formas de sociabilidad en la vida pueblerina

En la vida cotidiana de estos pueblos se confundían con facilidad lo público y lo privado. Como lo describió Carlos Saffray en su visita a Medellín en la década de 1860: "...todo el mundo sabe lo que hacéis, lo que decís, adónde vais, por qué y para qué, no se tarda en comentar vuestras visitas a cada casa..." ⁽²⁾. Para los habitantes del pueblo se concentraban en el mismo espacio el trabajo, las amistades, la política, las diversiones y el descanso. "Todos nacían en una comunidad constituida por padres, vecinos, amigos, enemigos, seres con los cuales había exigentes relaciones de solidaridad. La comunidad determinaba más que la familia el destino del individuo. Desde el momento en que se abandonaban las faldas femeninas le correspondía abrirse un camino en esta comunidad. Debía hacer que ella reconociera que como un animal, o como un pájaro tenía un **dominio**, un espacio propio y admitiese sus fronteras. Debía ocuparse de determinar los límites de su poder, lo que podía hacer y hasta qué punto podía llegar sin encontrar las resistencias de los demás, de sus padres, de su mujer, de sus vecinos, es decir de la comunidad" ⁽³⁾. El **dominio** del individuo era a la vez privado y público. Privado porque correspondía al comportamiento individual, a su modo de estar en sociedad. También era público porque señalaba el lugar del hombre en la colectividad, sus derechos y sus deberes.

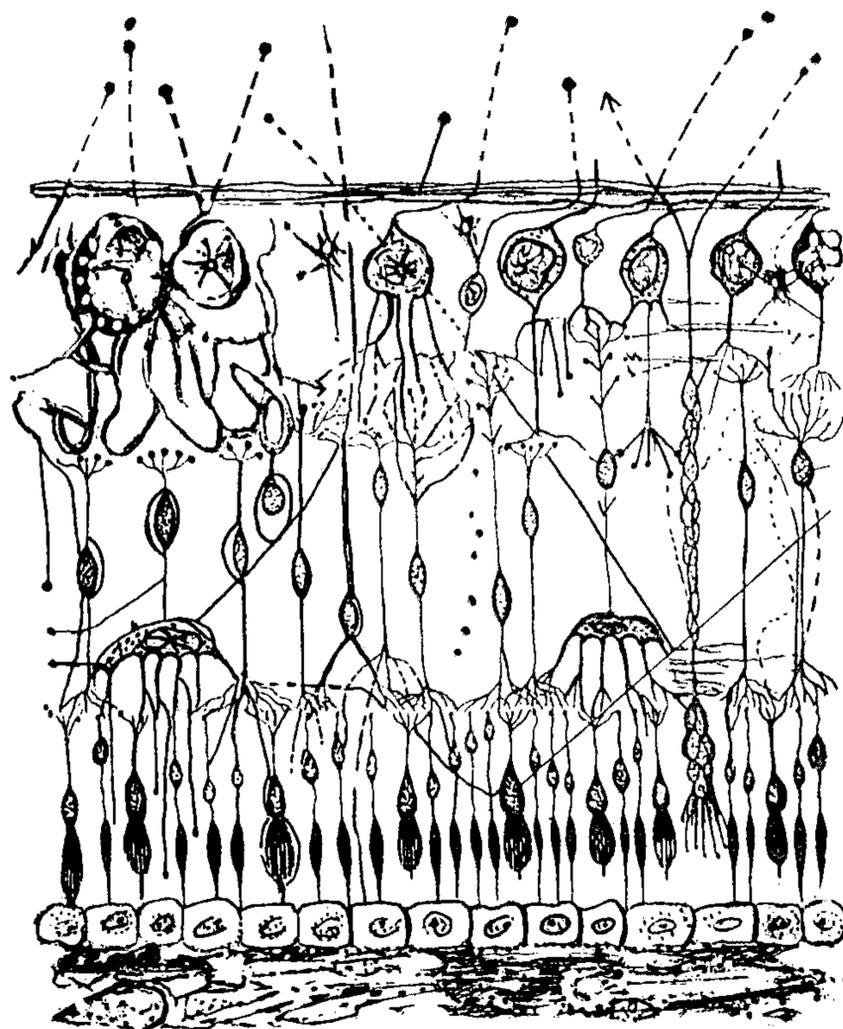
De manera certera lo capta Tomás Carrasquilla en su obra **El padre Casafús**. En el pueblo todo el mundo sabía que el padre Vera era un curita de "misa y olla", de una simplicidad evangélica, aficionado en exceso a las faenas y asuntos pecuniarios, sabía más de terneros y muleros que de embelecios filosóficos. Doña Quiteria, la gamonala del pueblo, había establecido su dominio en la comunidad de Piedragorda a

punta de fanatismo, chismes y dinero para patrocinar las guerras contra los liberales. El espacio social ocupado por el padre Casafús, demarcado por su liberalismo, era el del cura relegado a funciones secundarias, coadjutor del padre Vera, a quien su cristianismo ilustrado lo diferenciaba de la paca-tería y el chismorreo pueblerino ⁽⁴⁾. Como gráficamente lo define el refrán popular: "pueblo chiquito, infierno grande". En Piedragorda, pueblo creado por Carrasquilla, como en cualquier otra localidad antioqueña, el espacio público y el privado se confundían, la comunidad tenía un mayor ascendiente sobre la vida del individuo. La vida pueblerina semejaba un mimodrama. El tejido social estaba flojo y le correspondía a cada uno abrir las mallas según la conveniencia, pero dentro de los límites permitidos por la comunidad ⁽⁵⁾. "Cada sexo tenía su ubicación en la iglesia, en la procesión, en la plaza, en la fiesta e incluso en la danza. La familia no tenía un 'dominio' en cuanto tal. Su único 'dominio' propio era el que cada individuo masculino había ganado mediante su estrategia, con la ayuda de su mujer y también de sus amigos o clientes" ⁽⁶⁾.

Las cofradías, la salvación del alma y las obras de misericordia

En Europa, a lo largo de la edad media, dominó el corporativismo y las cofradías emergieron como una de sus formas. Las cofradías, sociedades de laicos voluntarios, sirvieron de modelo a todas las nuevas formas de piedad; "sociedades de las que nadie es miembro por su función, por su edad o por su oficio, sino sólo porque él lo ha querido" ⁽⁷⁾. Las cofradías estaban consagradas a la práctica de las obras de misericordia: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, visitar al enfermo, visitar al preso y vestir al desnudo. A finales de la edad media aparece una nueva obra de misericordia, enterrar a los muertos, ya que las prácticas funerarias habían adquirido una gran importancia a partir del siglo XIII bajo la influencia de las comunidades mendicantes y las cofradías o hermandades hacían eco a su predicación. De tal manera, el servicio a los muertos se convirtió en el objetivo principal de las cofradías y sea cual fuera la modalidad o devoción parti-

cular a la cual estuvieran consagradas, tenían en común el socorro mutuo de los cofrades en los aspectos espirituales y materiales: "¡Ay del que está solo, porque, si cae, nadie estará a su lado para levantarlo!; más vale ser dos que uno, porque se saca provecho de la sociedad y compañía" ⁽⁸⁾. Las cofradías hacen la apología del concepto de confraternidad: "La cofradía nos une de tal modo a todos que nuestros afectos, que sin ella se hubiesen apartado, ella los junta y los reúne en los vínculos de dilección fraterna; y ésta ha de ser más fuerte que la de los hermanos naturales..." ⁽⁹⁾. Las cofradías respondían pues a tres motivos: en primer lugar, buscar una seguridad en el más allá por medio de las plegarias de los cofrades, de allí la costumbre de que a los moribundos se les aplicara en el lecho de muerte las indulgencias de hermandades o cofradías; en segundo lugar, la cofradía debía asegurar el servicio funerario de los cofrades. Estas dos funciones convirtieron las cofradías, de manera prioritaria, en instituciones relacionadas con la muerte con miras a la salvación individual. Por último, las cofradías se ocupaban de la asistencia a los pobres y a los cofrades.



Las cofradías como formas orgánicas de solidaridad

En la colonia y hasta bien entrado el siglo XIX las Cofradías o Hermandades fueron las formas privilegiadas de organización de los fieles formadas por personas devotas para ejercitarse en obras pías o prácticas de simple devoción⁽¹⁰⁾; la adscripción a estas organizaciones hacía a sus miembros acreedores a múltiples indulgencias. Las cofradías llevaban el título de la advocación a Cristo, a la Virgen, al Santo o devoción a la que estuvieran consagradas; sus reglamentos eran vigilados por el Obispo y los cofrades obtenían una patente que los acreditaba como miembros. Además de los beneficios espirituales esperados, también se obtenían beneficios materiales como la ayuda en la enfermedad, la pobreza y la muerte, así como préstamos hipotecarios⁽¹¹⁾ y préstamos para facilitar las dotes de las jóvenes en edad de matrimonio. Una parte importante de las energías y el dinero de los cofrades se invertía en la organización de las festividades del patrón que presidía la cofradía, en las que no se economizaba la pólvora, la comida y la bebida, acompañadas de los fandangos y juegos de azar, a más de las procesiones con la imagen del patrón que era paseada entre las casas de los devotos para terminar su recorrido en la iglesia. En las comunidades pueblerinas como sociedades orgánicas, con fuertes lazos de solidaridad entre sus miembros, las cofradías adquirirían pues un papel privilegiado como factores de cohesión social.

En la segunda mitad del siglo XIX existían numerosas cofradías en Antioquia, tales como la de Los Dolores en Medellín, Santo Domingo y Guarne; la de las Animas en Rionegro, Marinilla y Barbosa; la del Santísimo Sacramento en las parroquias de Amagá, Santuario, Cocorná, La Ceja, Sonsón, Marinilla, Medellín, Aná, Santa Bárbara, Vahos y Guarne; la de Las Mercedes en Medellín, Marinilla, Nueva Caramanta y Cocorná; la de Santa Ana en Hato Viejo y Marinilla; la de San José en Medellín y Hato Viejo; la de la Santísima Trinidad en Marinilla y La Ceja; la de Jesús Nazareno en Amagá; la del Rosario en Itagüí y El Retiro; la de San Francisco de Paula en La Ceja y la de San Agustín y el Señor Crucificado en Marinilla; la

Cofradía del Espíritu Santo adscrita a la Iglesia de San Juan de Dios de Medellín y la de Los tres dulcísimos nombres de Jesús, María y José en la parroquia de Belén. La Confraternidad del Señor Caído de Girardota y la cofradía del Señor de los Milagros de San Pedro impulsaron el culto al Dios sufriente y de esta manera generaron devociones muy arraigadas que todavía perduran en Antioquia⁽¹²⁾.

De las cofradías a las asociaciones católicas

La iglesia difundía las ideas tradicionales acerca de la caridad y las oponía a las doctrinas socialistas sobre la justicia social que estaban en boga en Europa desde la revolución de 1848. Esta polémica se refleja en los numerosos artículos aparecidos en el periódico de la diócesis de Medellín: "El catolicismo, escarnecido y vilipendiado hoy por no sé qué sectarios oscuros y feroces en nombre de los hambrientos, es la religión de los que padecen hambre. El catolicismo, combatido hoy en nombre de los proletarios, es la religión de los pobres y los menesterosos. El catolicismo, combatido en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, es la religión de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad humana. El catolicismo, combatido en nombre de no sé cuál religión misericordiosa y amante, es la religión del perfecto amor y de las sublimes misericordias"⁽¹³⁾. El cuidado de las viudas, los huérfanos y los extranjeros repetido en el Deuteronomio era encomendado a las almas caritativas que practicaran las obras de misericordia: "La caridad, . . . la mayor y más excelente y más perfecta de todas las virtudes. . . De las obras de misericordia hizo Dios un arancel, para dar o negar por ellas en el día del juicio el reino de los cielos"⁽¹⁴⁾. En palabras de San Pablo: "Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, seré como un metal que suena o como una campana que retañe. . ."⁽¹⁵⁾. Para San Bernardo "la caridad es la medida de la grandeza y de la perfección: de tal manera que el que tiene mucha es grande, y el que poca es pequeño, y nada el que no tiene ninguna"⁽¹⁶⁾.

Aunque las asociaciones católicas continuaban esgrimiendo el principio tradicio-

nal de que la caridad con el prójimo "es la virtud más preciosa a los ojos del Eterno", nuevos elementos aparecían en su forma de practicarla. En la ciudad de Medellín, deambulaban por sus calles más de 300 mendigos: "La Asociación del Sagrado Corazón de Jesús se propuso... recoger a los enfermos, acabar con la mendicidad en esta ciudad, concentrando a los verdaderamente necesitados en la Casa de Asilo" ⁽¹⁷⁾. A este propósito se sumaban los esfuerzos de dos instituciones de la sociedad que empezaban a tomar fuerza: la policía y la medicina: "El... Jefe Municipal de esta ciudad, se ha interesado mucho en la Casa de Asilo, expidiendo oportunamente órdenes para recoger a los indigentes e impedir la mendicidad a los que no tienen necesidad de limosnas. En días pasados empleó la policía en reunir a todos los que vagaban por las calles ejerciendo dicha profesión..." ⁽¹⁸⁾. Reunidos los mendigos, intervinieron los médicos para clasificar los verdaderamente enfermos: "... Hecho un cuidadoso examen de sus dolencias por dos honorables profesores de medicina, se hallaron... apenas trece mendigos dignos de ser acreedores a la caridad pública..." ⁽¹⁹⁾. La precariedad del Estado dejaba un amplio margen para que las asociaciones católicas emprendieran tareas caritativas como la construcción de la Casa de Asilo u Hospital. La caridad a la altura que lo requerían "la civilización y la cultura" de la ciudad se desplegaba en otros terrenos dirigidos a la protección de la familia, así, se daban limosnas con "el sigilo necesario" a familias vergonzantes, a los enfermos necesitados de la ciudad, a los ancianos y a los niños desvalidos. En lo sucesivo, las familias caritativas de Medellín no entregarían sus limosnas en forma indiscriminada sino que serían canalizadas a través de la sección caritativa de la asociación para así convertir el Asilo en refugio de los enfermos y granero de los pobres. Los presos también eran atendidos con auxilios espirituales y materiales: se celebraban para ellos los ejercicios espirituales y se les suministraban drogas y ropa. Estas nuevas formas de hacer la caridad estaban condicionadas a "...una minuciosa investigación de las necesidades por la penetración en el interior de la vida del pobre. Inspección necesaria para desenmascarar los artificios de la pobreza... Para distinguir la

verdadera pobreza de la indigencia ficticia, más que enternecerse a la vista de los harapos y ante el espectáculo de las llagas, es preferible penetrar en el interior de la vida del pobre" ⁽²⁰⁾. Es necesario que las ayudas sirvan al enderezamiento de la familia, hagan una conexión entre lo moral y lo económico, lo que implica una vigilancia continua de la familia. Ante la emergencia de la familia como núcleo aglutinante, quedan atrás las antiguas redes de solidaridad que hacían de la caridad un espectáculo en el ámbito de lo público y se tiende a concentrar la caridad en el espacio privado ⁽²¹⁾.

Sin embargo la Asociación del Sagrado Corazón, como las otras de este mismo género, organizaban actividades de carácter público como los bazares, los costureros y las festividades religiosas. En estos espacios de sociabilidad emergía en el imaginario de la élite la idea de que era posible borrar las diferencias sociales: "El Consejo Directivo decretó la apertura de un Bazar, denominado de los pobres, el día 25 de diciembre de 1872. A la piadosa excitación que se les hizo, las señoras y señoritas de esta ciudad, correspondieron llenas de noble entusiasmo, y enviaron dones para los desvalidos, confeccionados por sus propias manos. En aquella exposición veíanse confundidas... las dádivas de las jóvenes opulentas, rodeadas de comodidades... con las de las pobres que emplean muchas horas en el trabajo diario, para procurarse escasa subsistencia. Espectáculo sublime el de la caridad, que borra todas las distinciones sociales, ... haciendo a todas las personas iguales, como si fuesen de una misma familia" ⁽²²⁾.

Para 1882, época en la que la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús estaba dirigida por Doña Enriqueta Vásquez de Ospina, esposa del expresidente Mariano Ospina Rodríguez, se solicitó la colaboración de los socios del recién creado Banco Prendario de Medellín para que contribuyera con el 5% de las utilidades de la institución para fortalecer el patrimonio de la Casa de Asilo que cumplía las veces de Hospital. De esta manera se fortalecían los lazos de solidaridad caritativa entre los financistas de la ciudad y las nuevas instituciones de filantropía católica ⁽²³⁾.

La Asociación del Sagrado Corazón de Jesús se comenzó a organizar desde 1870

en las parroquias de Medellín y en las de otros pueblos del Estado como: El Peñol, Santa Rosa, Concordia, Fredonia, Campamento, Santo Domingo, Carolina, Caldas, Hatoviejo, Concepción, Jericó, San Vicente, Guarne, Titiribí, Marinilla, Barbosa, San Pedro, Santa Bárbara, Girardota y Copacabana, para citar algunos.

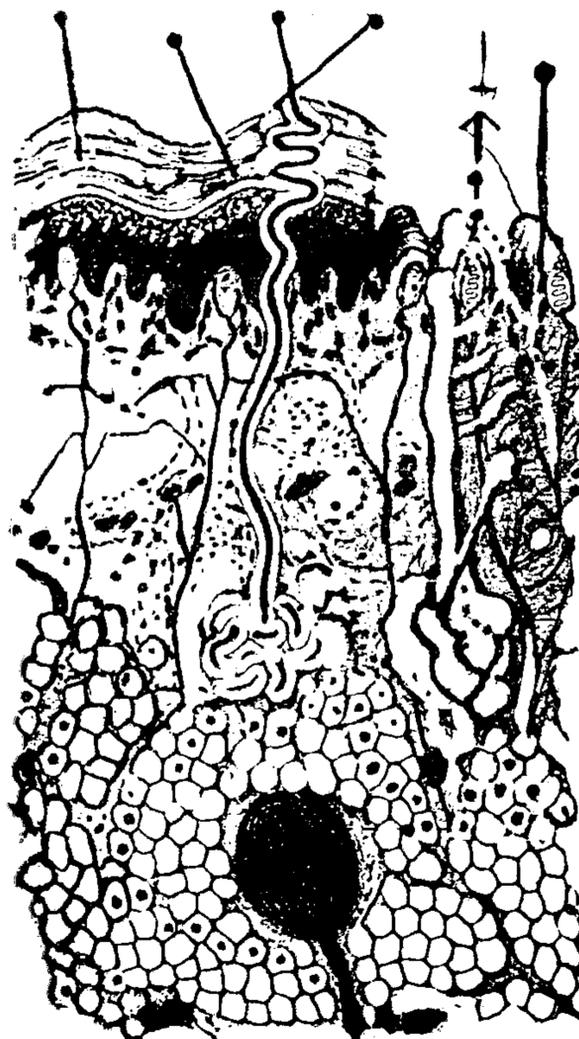
Si por un lado se afirmaba que el espacio propio para la mujer era el doméstico, por el otro se creaban lugares de sociabilidad en los que el tejido de relaciones emergía de las prácticas religiosas. El Obispo de Medellín José Joaquín Isaza (1873-1874) hacía un llamado a "...las piadosas señoras, que por fortuna abundan en todas las parroquias..." e instaba a los párrocos a solicitar "...la cooperación de las mujeres cristianas y virtuosas ...[porque], la mujer, más tierna, más paciente y más sufrida que el hombre, es la llamada a auxiliarnos en la útil tarea de instruir a los niños en la doctrina cristiana..."⁽²⁴⁾.

La Asociación del Sagrado Corazón de Medellín

Como lo afirmaba el Repertorio Eclesiástico en 1873, la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús estaba dirigida por las mujeres de la élite: "Esta Asociación que tiene en su seno, lo más escogido y selecto de las Señoras de Medellín...". Presidida por su Director General, el obispo de la diócesis, Dr. José Joaquín Isaza, en la reunión anual de 1873 eligió como Directora a la Sra. Pastora Vásquez de Villa, como Sub-directora a la Sra. Inés Posada de Villa, como Tesorera a la Sra. Helena Jaramillo de Plaza y como Secretaria a la Sra. Marcelina Robledo de Restrepo; su Directora saliente fue la Sra. Rosalía Euse de Restrepo. A la reunión asistieron más de 150 socias⁽²⁵⁾. La Asociación de Medellín, fundada en 1871 de acuerdo a los estatutos de la de Bogotá, en 1873 contaba con 439 socias contribuyentes y había impulsado la fundación en otras parroquias. Su sección catequista enseñaba el catecismo a los niños de ambos sexos. Por otra parte, la sección caritativa, "a fin de proporcionar bastantes fondos, suficientes para remediar gran número de necesidades... dispuso la creación de sociedades de costuras..., para el ramo de li-

mosnas...". En estos costureros se confeccionaba ropa y pasamanería, y no faltaban los vestidos de primera comunión para las niñas más pobres⁽²⁶⁾. Los lazos de sociabilidad que se tejían en estas asociaciones corrían en varias direcciones. Las señoras de la élite se codeaban con las de estratos sociales más bajos, los niños eran adoctrinados por las madres de familia, las familias pobres y desamparadas recibían auxilios de las asociadas. Todos los grupos sociales inscritos en estas redes de sociabilidad católica estaban bajo la vigilancia de la iglesia. Quizás podría hablarse de una sociabilidad cuyas pautas estaban demarcadas por un élite católica.

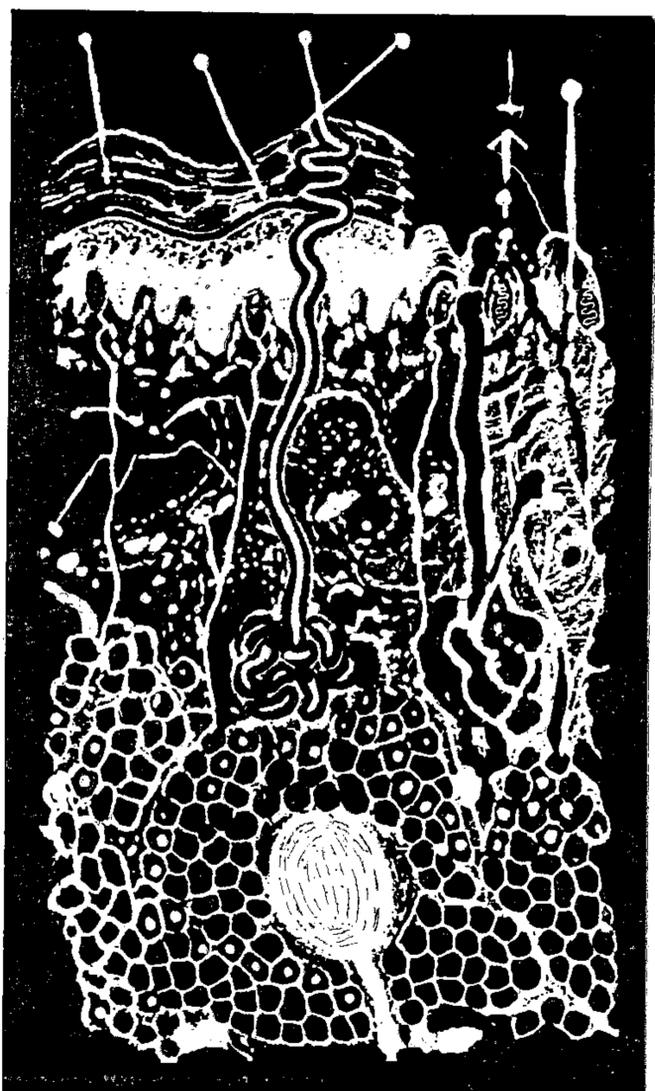
Las secciones celadora, reformadora, caritativa y catequista de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús tenían entre sus objetivos promover el aprovechamiento espiritual de las almas, vigilar la moralidad de las familias, procurar la reforma de las costumbres y el alivio de las necesidades corporales de los pobres. Para la prosecución de estos fines organizaban misiones en el campo y la práctica de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola; en los aspectos materiales promo-



vían la fundación de hospitales, casas de asilo, escuelas y colegios católicos mediante la recaudación de fondos en bazares, rifas, costureros o la solicitud de donaciones a fieles piadosos y ricos. En las guerras civiles, como la de 1876, la sección caritativa acaparaba la atención de las socias, auxiliando a las esposas y niños desamparados y preparando vendajes y medicamentos para las milicias católicas que combatían a los liberales: entre tanto, la sección catequista intensificaba la enseñanza de la doctrina cristiana para suplir las carencias de las escuelas que habían sido cerradas como consecuencia de la guerra.

La Asociación de Madres Católicas

En abril de 1882 el obispo José Ignacio Montoya aprobaba los estatutos de la asociación de Madres Católicas, similar a las ya erigidas en Francia; las patentes para las asociadas serían hechas en la misma forma que tenían las que se otorgaban a las Madres Católicas en la Iglesia de Nuestra Señora de Sión de París. Esta



asociación tenía por objeto "promover todo lo conducente a la mejora de las costumbres...considerando la poderosa influencia que las madres católicas ejercen en el seno de la familia en bien de la Religión y de la sociedad...con el objeto de procurar la santificación y salvación de sus hijos y la suya propia, bajo la protección de Santa Mónica, madre de San Agustín. Prestigiosas señoras de la élite formaron el primer consejo directivo; entre ellas se contaban María de la Luz Uribe, Helena Vásquez de Gutiérrez, Quitéria Escobar de Santamaría, Paulina Villa de Uribe, Manuela del Corral de Villa, María Josefa Echeverri de Angel y otras más, entre las que se debía elegir una Presidenta, una secretaria y una tesorera. El Consejo directivo se renovaba cada año, sin olvidar que había un Presidente nato de la asociación, el cura de Medellín. "El fin de esta Asociación es obtener del Señor las gracias que necesitan las madres de familia para cumplir con las obligaciones de su estado, y a este efecto los corazones de estas madres, unidas al Corazón Inmaculado de María, se unirán también entre sí para atraer sobre sus hijos y familias las bendiciones del cielo ⁽²⁷⁾. Sólo podían pertenecer a esta asociación las mujeres casadas o viudas. La fiesta principal se celebraba el día de Santa Mónica y la segunda el día que se celebraban los desposorios de la Virgen María con San José. La sociabilidad promovida por esta organización creaba un puente entre el espacio privado de la familia que comenzaba a fortalecerse y el espacio público-religioso. De cierta manera, la enorme responsabilidad que empezaba a recaer sobre las madres de familia en el seno del hogar, podía minimizarse dentro de un grupo que compartía las mismas preocupaciones. También sucedía, como se comenta en la novela **Jean Barois** de Roger Martin du Gard, que la madre, Mme. Barois [Cecilia], entregara a las obras de caridad el tiempo que no consagraba a su hija.

Las Hijas de María

Si las madres se organizaban, ¿por qué no hacerlo las hijas? En 1882 la asociación contaba con 200 señoritas de la flor y nata de la sociedad de Medellín, organizadas hacía dos años por el cura de la catedral,

Pbro. Gómez Angel. La maternidad, la virginidad y la humildad, principales atributos de la Virgen María, patrona de la Asociación, eran el modelo para las jóvenes de Medellín, futuras madres de familia, religiosas o solteras. A la misa de la celebración de la festividad de la Virgen en 1882, cantada con música de los maestros Francisco y Gonzalo Vidales, concurren también las madres de familia de las socias y se revelaron los talentos musicales de la familia Uribe. "Las solidaridades familiares creaban nuevos espacios en una sociedad en la que el espacio no estaba absolutamente colmado..."⁽²⁸⁾.

La Sociedad pequeña del Sagrado Corazón

Por iniciativa del Pbro. Sotero y un distinguido grupo de señoras de Medellín se fundó en 1879 la sociedad pequeña del Sagrado Corazón que aglutinaba niñas entre los 9 y los 12 años. Su objetivo era "desarrollar en las niñas los sentimientos caritativos y en dar más fuerza a la fe que han recibido en legado de sus madres"⁽²⁹⁾. Las señoras consagradas a promover la asociación tenían en su mira la preservación de la familia y de la sociedad, motivos presentes en la prensa católica conservadora y en la eclesiástica. Se reproducían artículos de la prensa francesa que bajo títulos como "A los padres de familia", aparecido en el importante periódico La Defensa, alertaban contra el peligro que constituía la libertad, particularmente la de enseñanza religiosa, para la niñez y la juventud⁽³⁰⁾. Las madres de familia de la élite, apropiadas de la idea de que era necesario fortalecer la familia como núcleo básico de la sociedad, de la religión y de

la tradición, no ahorran esfuerzos para crear nuevos núcleos que garantizaran la sociabilidad católica e intolerante.

La Asociación de San Luis Gonzaga

Reunía a los niños y jóvenes menores de 15 años bajo la advocación de San Luis Gonzaga, patrono de las juventudes jesuitas y modelo de castidad. El proyecto pedagógico de los fundadores de esta asociación era preparar la juventud para la defensa de la religión católica, preferiblemente si abrazaban el sacerdocio; con tal fin, los directores espirituales dictaban conferencias en la iglesia de San José y luego se publicaban en el Repertorio Eclesiástico, periódico de la diócesis, bajo títulos como: "La dignidad del sacerdote" y "La instrucción religiosa y lectura de los malos libros". La Comuna de París gravitaba como un fantasma en todos los países católicos y se afirmaba la idea de alejar la juventud de las perniciosas doctrinas de la Escuela materialista. En una de las conferencias se decía: "Escuchad esta declaración de la Comuna en una de sus comunicaciones a la Internacional... 'Desembarazada del ejército y de la policía, elementos de la fuerza física de los antiguos gobiernos, la Comuna se ocupó en quebrantar la fuerza superior espiritual, el poder de los sacerdotes'"⁽³¹⁾. El sacerdote era presentado como el que lleva en sí mismo "...la fe..., el derecho, la justicia, el respeto, el deber, el patriotismo, la abnegación, la libertad... constituye la **fuerza represiva espiritual** de la sociedad y su última muralla..."⁽³²⁾. No olvidaban los predicadores recordar las persecuciones liberales contra los sacerdotes católicos en "Antioquia, este pedazo privilegiado de Colombia... lo que prueba que la secta clerófoba y liberticida va invadiendo y corrompiendo nuestra sociedad de un modo alarmante..."⁽³³⁾. Acerca de las malas lecturas, las conferencias morales desplegaban argumentos edificantes: ¿Sabéis ya, niños muy amados, lo que es un libro malo? Un libro malo es la imagen viva del que lo escribió —que era malo, puesto que un árbol malo tiene que dar siempre frutos malos— y por sus frutos se conoce el árbol, como dijo Jesucristo... Por medio de sus escritos el hombre impío y malvado habla a nuestros ojos y a nuestro espíritu, nos comunica sus malas ideas y doctrinas... y



va derramando poco a poco en nuestro corazón el veneno de que está empapado... , hace nacer en nosotros los gérmenes violentos de mil vicios" ⁽³⁴⁾. Leer un libro malo era también hablar con su autor, escuchar sus lecciones o prestarse a oír sus consejos; la lectura de libros prohibidos dejaba una huella más profunda e indeleble que las malas compañías. La mayor parte de la juventud que estudiaba en Medellín procedía de las familias acomodadas de los pueblos y a los tutores les estaba encomendada su educación, aunque en ocasiones sin muy buenos resultados; era entonces muy importante el control de la juventud en asociaciones como la de San Luis Gonzaga y las permanentes recomendaciones a los padres de familia, maestros y tutores para evitar otras formas de sociabilidad peligrosas para la moral como sobre las que alertaba el Consejo Directivo de la Escuela de la Paz en 1878: "...Nos animamos a suplicarles a los padres de familia... que no permitan a sus hijos los paseos imprudentes por calles y campos en donde nadie puede vigilarlos; que les impidan el uso del cigarro y cigarrillo, la parada en las esquinas y el retozo en la calle; que les prohíban esos baños en el río, donde se corren peligros de todo género, y donde se ven frecuentemente niños descuidados que escandalizan a los transeúntes, porque desconocen todo respeto en asuntos de cultura y honestidad" ⁽³⁵⁾.

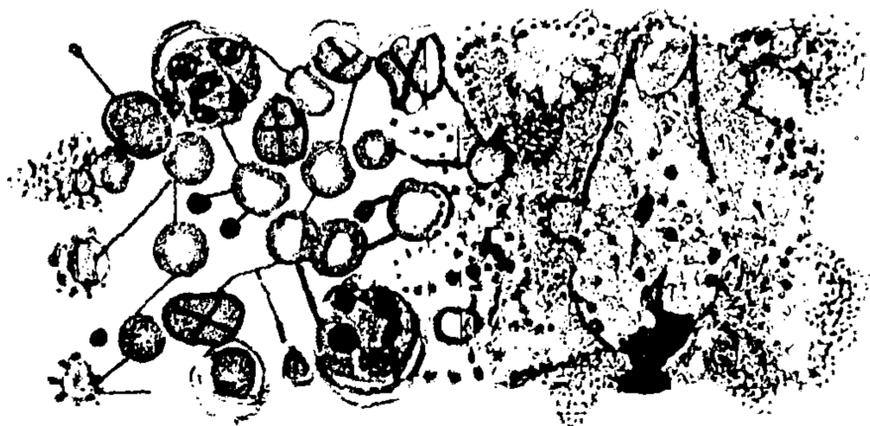
La Sociedad Católica

Las asociaciones católicas femeninas tenían su correlato masculino en La Sociedad Católica, fundada en 1872 por Mariano Ospina Rodríguez y un grupo de presntantes miembros de la élite conservadora, apoyados por la jerarquía eclesiástica. Esta sociedad se proponía defender las sanas doctrinas religiosas y morales, combatir las doctrinas corruptas e impías y aliviar la suerte de los pobres e indigentes. La Sociedad Católica de Medellín logró uno de sus principales propósitos: promover la fundación de sociedades análogas en los demás pueblos del Estado, tarea en la que desempeñó un importante papel el periódico La Sociedad, dirigido también por Mariano Ospina Rodríguez. El acto simbólico que unió a la Iglesia con las Asociaciones Católicas, lo constituyó una peregrinación

al Jesús Caído de Girardota el 4 de enero de 1874, presidida por los obispos de Medellín y Antioquia, en la que se agitaron desde las sencillas banderas de los peregrinos venidos de los pueblos hasta las elegantes de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús y la de la Sociedad Católica, un verdadero ejército que preparaba los ánimos para la guerra del 76, pues como lo había declarado el obispo: "Los enemigos de Cristo se han coligado contra su Iglesia... ya los periódicos... , vomitan blasfemias y sarcasmos contra los más sagrados misterios que venera nuestra divina Religión" ⁽³⁶⁾. Esto explica por qué las asociaciones católicas femeninas y masculinas se constituyeron en el baluarte de la Iglesia durante la guerra de 1876 en contra de las reformas liberales, en particular la educativa.

La Sociedad de San Vicente de Paúl

Su creación también contó con el respaldo de Mariano Ospina Rodríguez, en cuya casa se realizó la primera reunión de la sociedad en 1882. En Bogotá funcionaba desde 1857 y su objetivo era proporcionar socorro a las personas que padeciendo verdaderas necesidades, no se atreven, por decoro y delicadeza a excitar la compasión pública. Como lo decían sus estatutos, la forma de hacer la caridad era discreta y las limosnas sólo se otorgaban a los verdaderamente necesitados. La sensibilidad frente a los otros, los pobres, había cambiado. Estas nuevas formas de hacer la caridad contrastan con la que nos presenta Carrasquilla "En la diestra de Dios Padre": Peralta como el prototipo del hombre caritativo; este personaje encarna la forma tradicio-



nal cristiana de “hacer el bien sin mirar a quién”, herencia medieval de las comunidades mendicantes y materialización de las obras de misericordia. La caridad se inflama con el cuadro de una extrema miseria, con el sufrimiento espectacular, está asistida por sentimientos de simpatía y de piedad que despiertan un sentimiento de glorificación en el donante. La caridad establece un intercambio simbólico entre pobres y ricos: yo te doy mi miseria para que tú puedas darme tu bondad, yo te doy mi naturaleza, mi fuerza física para que tú puedas exhibir y hacer uso de tu cultura⁽³⁷⁾.

Una de las preocupaciones de sociedades como la de San Vicente de Paúl era propiciar el apoyo financiero mediante la creación de las Cajas de Ahorro, mediante el cumplimiento de cierto número de reglas decretadas en sus reglamentos y relacionadas con la disciplina de esas sociedades. “Una de sus preocupaciones es la de luchar contra la costumbre que tienen los contribuyentes de consumir en forma de fiesta colectiva lo que sobra anualmente de las cotizaciones. Mientras que ahorrándolo podrían prescindir progresivamente del aporte de la beneficencia privada. La lógica del ahorro es siempre la misma: reducir las formas orgánicas, festivas, transfamiliares de solidaridad para evitar el peligro de dependencia y el, paralelo, de insurrección”⁽³⁸⁾. Las sociedades católicas proporcionan ayudas materiales pero para servirse de ellas como un factor de influencia moral legítima. Otras actividades organizadas por la Sociedad de San Vicente de Paúl fueron la capacitación de trabajadores en el ramo de los tejidos y la organización de escuelas y bibliotecas para mejorar la educación de los beneficiados. Nuevas formas de caridad y de solidaridad para nuevas épocas: el aumento de la población en Medellín y otras localidades como Sonsón, Abejorral, Aguadas, Manizales, Salamina, Yarumal y Santa Rosa, demandaba nuevas redes de solidaridad. A diferencia de las cofradías, allí no se mezclaban socios y beneficiados, sino que se establecían formas de segregación de funciones que hacían más denso el tejido social, dejaban menos espacio al juego del individuo en la sociedad; se segregaban los barrios de ricos y pobres, los lugares de residencia, de trabajo y los lugares de diversión.

La Asociación de Santo Tomás de Aquino

En 1882 se reunieron “varios jóvenes de un brillante porvenir” con el objeto de hacer un estudio continuo de las grandes cuestiones políticas, sociales y filosóficas contemporáneas, “a la luz de la fe, y traducir a la práctica sus nobles sentimientos, guiados por la excelsa virtud de la caridad”⁽³⁹⁾. La caridad, esa idea tan cara a los ideales católicos, aparecía como telón de fondo que inspiraba la fundación de las nuevas asociaciones católicas. La instalación solemne de esta asociación tuvo lugar en la iglesia de San José ante un selecto auditorio y después de leídos los estatutos, cada uno de sus miembros juró de la siguiente manera: “Prometo una adhesión firme y humilde a la autoridad de la Santa Sede, y una sumisión absoluta a su infalible palabra, y ofrezco servir decidida y lealmente a los fines de este Liceo”⁽⁴⁰⁾. En primer lugar dirigieron la palabra en el acto de instalación los dignatarios de la asociación, señores J. M. Escobar y Juan A. Zuleta, posteriormente intervinieron el Obispo de la Diócesis y el Dr. Pedro A. Restrepo, “que en sentidas y brillantes improvisaciones, dieron una voz de aliento a la juventud, que así desafiaba las burlas de los enemigos de la verdad”⁽⁴¹⁾; en los intermedios el acto fue amenizado por el pianista Gonzalo Vidal, también miembro de la asociación. Creada con el ánimo de oponer a la Escuela filosófica materialista las doctrinas escolásticas de Santo Tomás, propendía por la exaltación de la fe y el bien de la sociedad, colocando los estudios científicos a su servicio. Como se puede observar, la juventud de la élite avallada por la iglesia, creaba nuevos espacios de sociabilidad católica que tendían a fortalecer en el imaginario antioqueño las nuevas corrientes de pensamiento impregnadas de viejas ideas filosóficas: “Si el hombre es hijo de Dios, es natural que se afane por investigar la verdad, porque ésta lo conduce a él, que trate de penetrar los misterios de las ciencias, que las letras y las artes se lleven sus sentidos, porque lo bueno y lo bello, a cuya perfección tendemos en los estudios y desarrollos científicos, son las formas de lo verdadero, horizonte preciso del progreso”⁽⁴²⁾. En este nuevo espacio de discusión se aceptaba la idea de progreso en la medida en que no se opusiera a la tradición católica, se em-

prendían estudios científicos en tanto que la ciencia se supeditara a la fe.

La Asociación de Sirvientas

Las matronas de Medellín, “pensando en el alma de las infelices sirvientas que trabajan noche y día agobiadas por la ocupación más fuerte que puede haber para las mujeres de esa clase”, organizaron en 1883 una asociación para enseñarles la doctrina cristiana, hacerles ejercicios espirituales, enseñarles sus deberes y así liberarlas del delito y de la corrupción. La asociación fue puesta bajo la advocación de Nuestra Señora de la Candelaria, patrona de la ciudad y más de 600 sirvientas acudieron a los primeros ejercicios espirituales predicados en la iglesia de San José con la colaboración del clero de la ciudad que ayudó a confesar y a administrar la eucaristía. Para no entorpecer los fatigantes oficios domésticos, los ejercicios espirituales se realizaban a las 5 de la mañana y a las 6 de la tarde. El concurrido evento religioso culminó con una misa solemne y la bendición de la bandera con la imagen de la virgen de La Candelaria. En palabras

del Repertorio Eclesiástico: “Pocos se habrán imaginado que el espíritu de caridad haya penetrado en esta capital hasta la última de las capas sociales, y haya llevado a las pobres sirvientas, es decir hasta donde no puede haber **más allá**, su benéfico influjo, su celestial y saludable amor”⁽⁴³⁾. La iniciativa de esta asociación estaba ligada a la idea de preservar la moralidad de la familia: “Donde hay criados o sirvientes que no saben siquiera las primeras nociones de moral y religión, no hay seguridad de que haya **familia honrada**; y las gentes cultas desprecian o miran de reojo y con sospecha ese hogar. Muy mala idea da una familia en la cual los sirvientes o domésticos ni saben el Catecismo, ni oyen misa, ni saben qué es deber. Desgraciadamente por estar ocupados en otros asuntos de **mayor interés**, se ha descuidado mucho la suerte de esta clase infeliz, en la sociedad”⁽⁴⁴⁾. El establecimiento de esta organización en forma vertical, iniciativa nacida de las matronas y respaldada por el clero, que finalmente beneficiaba las familias de la élite y de la clase media, fomentaba un tipo de sociabilidad alrededor de las prácticas católicas y de la moralización del sector más bajo y más explotado de la sociedad.

NOTAS

1. Fabio Zambrano en su artículo *La sociabilidad moderna y la educación política de la élite*, siguiendo las tesis de François-Xavier Guerra, dice lo siguiente: “...La gran mutación cultural del siglo XIX se inicia con la introducción entre las élites de un nuevo imaginario social basado en el indivi-

duo, considerado como el valor supremo con el que deben medirse las instituciones y los comportamientos. El triunfo del individuo se logra con el empleo de diversas formas de sociabilidad modernas, que se caracterizan por la asociación de individuos de orígenes diversos para discutir ideas en



común, y es allí donde nace la opinión pública moderna...". Borrador inédito, p. 83. Por otra parte, Hans-Hoachim König muestra cómo las *Sociedades Económicas de Amigos del País* (1781) así como las *Sociedades Patrióticas* (1801) propugnaron por el desarrollo económico y por la formación de sentimientos patrióticos. Cf. *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*, Banco de la República, Santafé de Bogotá, 1994, pp. 121 a 125 y 313 a 318.

2. Carlos Saffray, "La Provincia de Antioquia" en *Viajeros Extranjeros en Colombia*, Editorial Carvajal y Cía., Cali, 1970, p. 176.
3. Philippe Ariès, "La ciudad contra la familia" en *Revista Vuelta*, 10 de mayo de 1987, México, p. 25.
4. Cf. Tomás Carrasquilla, "El padre Casafús" en *El padre Casafús y otros cuentos*, Ed. Norma, Bogotá, 1989, pp. 9 a 96.
5. Cf. Philippe Ariès, *op. cit.*, p. 25.
6. *Ibid.*, p. 26.
7. Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte*, Ed. Taurus, Madrid, 1984, p. 157. Como lo anota Jean Pierre Vernant, ya en Grecia en el siglo V a.c. una "...manifestación del individualismo religioso... consistió en la formación de grupos a iniciativa de un individuo, grupos que reúnen a su alrededor, en un santuario privado consagrado a una divinidad, adeptos deseosos de reservarse el privilegio de celebrar entre sí un culto particular dirigido... 'a ofrecer sacrificios juntos y frecuentarse'. Los fieles son ... coasociados, forman una pequeña comunidad religiosa cerrada que les permite encontrarse y practicar comunitariamente una devoción en la que, para participar, cada uno debe haberlo solicitado y haber sido personalmente admitido por los otros miembros. Al elegir su Dios para rendirle una forma de devoción singular, y al ser él mismo elegido por la pequeña comunidad de fieles, el individuo hace su entrada en la organización del culto; pero el lugar que ocupa no lo sitúa fuera del mundo o de la sociedad. Su aparición señala... el advenimiento, en la vida religiosa, de relaciones más flexibles y libres entre los particulares; la creación en la esfera religiosa, de una forma nueva de asociación que corresponde a lo que podemos llamar una "sociabilidad selectiva". "El individuo en la ciudad" en Paul Veyne, Jean-Pierre Vernant et al., *Sobre el individuo*, Ed. Paidós Studio, Barcelona, 1990, pp. 35 y 36. A través de Roma, estas formas de "sociabilidad" pasaron a la Europa medieval y llegaron a América con los españoles. Nos encontramos con un fenómeno de larga duración en el campo de la sociabilidad.
8. François Lebrun, "Las reformas: devociones comunitarias y piedad personal", en *Historia de la vida privada*, tomo 3, dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby, Ed. Taurus, Madrid, 1989, p. 89.
9. *Ibid.*
10. Beatriz Castro C. muestra cómo las cofradías fueron las principales instituciones religiosas hasta mediados del siglo XIX y aunque desaparecieron de los registros del Concejo de Cali en 1850 continuaron existiendo sin la función de asistencia social que cumplieron en la colonia. Cf. "Caridad y beneficencia en Cali, 1848-1898" en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 22, Banco de la República, Bogotá, 1990, p. 67.
11. Cf. Natalia Silva Prada, *El estudio de la cofradía colonial: apuntes a partir de una investigación en la gobernación de Popayán, siglo XVIII*, ponencia presentada en el VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia, Bucaramanga, 1992.

12. Cf. *Repertorio Eclesiástico*, Diócesis de Medellín, serie II, 1874-1875 y serie III, 1875. Las cofradías del Santísimo existían en todas las parroquias porque eran la condición necesaria para la entronización del Santísimo en las iglesias. También la cofradía de las Animas estaba muy generalizada debido a la importancia que se confería al culto a las ánimas del purgatorio. Cf. también Archivo Arquidiocesano de Medellín, Fondo Secretarías.
13. *Repertorio Eclesiástico*, N° 25, Medellín, 1 de octubre de 1873, p. 203.
14. *Ibid.*
15. *Ibid.*
16. *Ibid.*, p. 204. Uno de los modelos que se difundía en los artículos del periódico de la diócesis era el de La Cofradía o Hermandad de la Virgen de los Desamparados cuyo objeto era practicar la caridad mediante la protección en un asilo a los pobres, a los mendigos, a los peregrinos y a los niños abandonados. Cf. *Repertorio Eclesiástico*, N° 27, Medellín, 20 de octubre de 1873, p. 218.
17. *Repertorio Eclesiástico*, N° 22, 1 de diciembre de 1873, p. 178.
18. *Ibid.*
19. *Ibid.*
20. Jacques Doncelot, *La policía de las familias*, Pretextos, Valencia, 1979, p. 70.
21. Cf. *Ibid.*, p. 73.
22. *Repertorio Eclesiástico*, N° 21, Medellín, 20 de agosto de 1873, p. 172.
23. Cf. *Repertorio Eclesiástico*, N° 23, Medellín, 18 de septiembre de 1882, p. 136.
24. *Repertorio Eclesiástico*, Serie I, N° 16, julio 1 de 1873, pp. 125 a 128.
25. Cf. *Ibid.*, N° 19, agosto 1 de 1873, p. 150.
26. Cf. *Ibid.*, N° 21, agosto 20 de 1873, pp. 171 y 172.
27. *Repertorio Eclesiástico*, N° 2, Medellín, 22 de abril de 1882, p. 10.
28. Philippe Ariès, *La ciudad contra la familia*, *op. cit.*, p. 26.
29. *Repertorio Eclesiástico*, N° 21, Medellín, 4 de septiembre de 1882.
30. *Ibid.*
31. *Repertorio Eclesiástico*, N° 24, 25 de septiembre de 1882, p. 140.
32. *Ibid.*
33. *Ibid.*
34. *Repertorio Eclesiástico*, N° 44, 12 de febrero de 1883, p. 226.
35. *Ibid.*
36. *Ibid.*, N° 31, 1 de diciembre de 1873, p. 245.
37. Cf. Doncelot, *op. cit.*, pp. 69-70.
38. *Ibid.*, p. 68.
39. *Repertorio Eclesiástico*, N° 28, Medellín, 23 de octubre de 1882, p. 153.
40. *Ibid.*
41. *Ibid.*
42. *Ibid.*
43. *Repertorio Eclesiástico*, N° 46, 26 de febrero de 1886, p. 134.
44. *Ibid.*